



En la Inauguración de los Cursos Universitarios de 1935 ⁽¹⁾

Discurso del señor Rector de la Universidad Nacional de Córdoba, Dr. Sofanor Novillo Corvalán:

Excmo. señor Vice - Presidente de la Nación;
Excmo. señor Gobernador de la Provincia;
Excmo. y reverendísimo señor Arzobispo;
Señor Presidente del Tribunal Superior;
Señor Intendente Municipal;
Señor Presidente de la Universidad de La Plata;
Señor Rector de la Universidad del Litoral;
Señores profesores y estudiantes:

Asumen este año la apertura de los cursos universitarios y la colación de grados un esplendor inusitado porque los realzan con su presencia el excelentísimo señor Vice - Presidente de la nación, que une a su investidura su extraordinario valimiento personal; cuya cultura latina, con entronques británicos por su familiaridad con Shakespeare, nos ha ofrecido tantas veces modelos de sobriedad y belleza; dueño de un talento, que debiendo ser, como ocurre de ordinario, un desbordamiento de la vitalidad espiritual, es en él un profundo equilibrio; gran señor que ama y practica la democracia; cord que podría sentarse sin sobresaltos en la banca de los comunes; el excelentísimo señor Gobernador de la Provincia, hijo distinguido de esta casa, nutrido y animado de su espíritu, que con inteligente sentido de lo que son estas jornadas de cultura que anualmente realizamos profesores y estudiantes, las enaltece con su ininterrumpida asistencia; el excelentísimo señor Arzo-

(1) Acto realizado en la Universidad Nacional de Córdoba el 8 de Abril de 1935.

bispo que concentra en sí las virtudes más excelsas y una finísima cultura intelectual, cuya sola presencia acrecienta adhesiones y deshace rebeldías; apóstol celoso a quién su ortodoxia no le veda ser un amante del arte y tan consubstanciado con él que ennoblece las empresas que dirige, los asuntos que trata; el señor Presidente de la Universidad de La Plata que aumenta, día a día, con amor y con talento, el valor del instituto que creara el vasto y afanoso espíritu de Joaquín V. González, sin dejar de ser por eso el historiador más difundido del país, restaurador de los sucesos e instituciones coloniales y patrios que cronistas apasionados deformaron; el señor Rector de la Universidad del Litoral, investigador científico que ha enriquecido su especialidad con aportes significativos y cuya elevación de juicio y circunspección de conducta han clausurado en la alta casa de estudios que dirige la época de las disputas estériles.

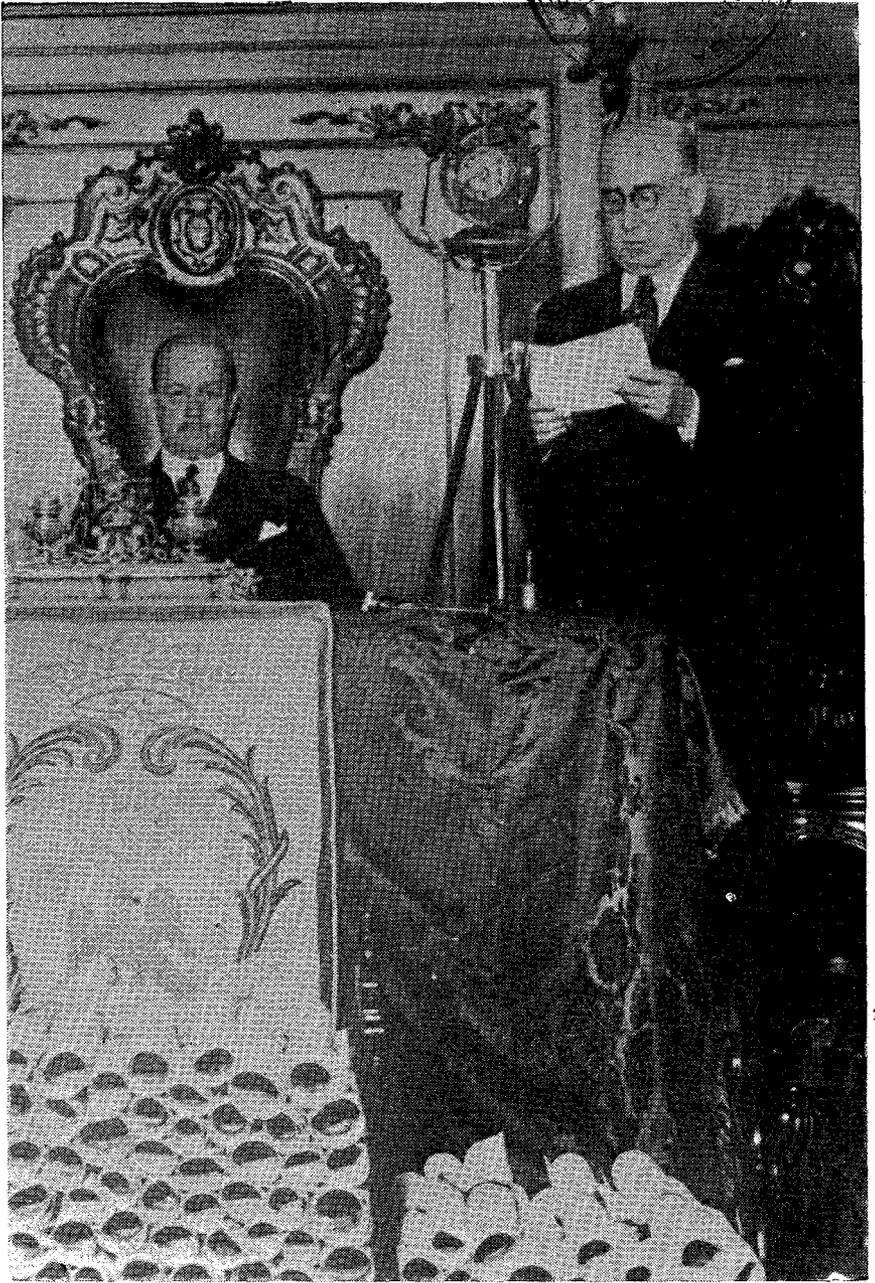
Me permitiréis, empero, que destaque la presencia de mis colegas como un hecho nuevo y profundamente halagador porque inicia una etapa de conocimiento y vinculación universitarios. Hasta hoy las relaciones entre las universidades habían sido esporádicas y fugaces, intentos felices que morían al nacer; desde ahora nos proponemos que sean de una constante compenetración.

Sabéis que todo aislamiento es estéril e incomprensible entre institutos que tienen a su cargo las más elevadas actividades del espíritu, que es la tierra donde se cosechan los productos universales.

No obstante sus bases comunes, cada universidad tiene sus investigaciones particulares, sus institutos distintos, sus valores propios, sus profesores que necesitan contrastar juicios y coordinar esfuerzos.

Aproximar a rectores y docentes significa promover estímulos, suscitar nuevos afanes, agrandar el panorama de la mente, establecer acuerdos útiles y hasta vencer hábitos lugareños y vanidades locales para sustituirlos por una más profunda conciencia nacional. De esa estrechez de vínculos pueden surgir también soluciones de problemas comunes, satisfacción de necesidades iguales.

El intercambio de profesores podrá transformar valores provinciales en valores nacionales; y los que tengan una reputación metropolitana la alcanzarán completa al consolidar su prestigio en



El Rector de la Universidad Nacional de Córdoba Dr. Sofanor Novillo Corvalán, pronuncia su discurso en el gran acto presidido por el Excmo. Sr. Vice - Presidente de la Nación, Dr. Julio A. Roca

el interior, como ocurre con los profesores extranjeros que no logran su consagración definitiva sino cuando han profesado con éxito en diversas universidades de su país.

El mayor conocimiento destruirá también ciertos prejuicios, particularmente el que se obstina en presentar a las universidades argentinas con un carácter distinto, con métodos y enseñanzas que no se armonizan y, a veces, en vez de colaboradoras de una obra común de cultura, como beligerantes.

Y si algunas diferencias existiesen en este orden de ideas, el contacto mutuo creará la comprensión y el equilibrio.

Universidades tradicionales y universidades renovadoras y modernas, si las hay, podrán rever conceptos que la irreflexión o las ideologías extremas oscurecen.

En el orden de la cultura, tradición no es anquilosamiento; renovación no es destrucción, sino forma nueva que adquiere la misma vieja substancia.

Es forzoso que la mente se hunda en el pasado donde está la raíz de sus propios progresos, pero es incomprensible su tiranía. El que vive exclusivamente en el ayer amputa su personalidad, se disloca de su tiempo, conspira contra los reclamos vitales de su hora y desconoce la ley divina de la perfectibilidad.

A su vez quien desdeña la tradición y hasta la aborrece y abomina, niega la realidad de la historia, corta el hilo espiritual; es un delirante que no se percata que su orgullo le vuelve contradictorio y le trueca en el eslabón aislado de la cadena ininterrumpida.

Creo a este respecto, sin inmodestia, en la verdad y la bondad de un consejo que vertí hace poco en este mismo salón: seamos respetuosos del pasado para que la posteridad tenga piedad de nosotros y advirtamos que al demoler sus construcciones damos fragilidad a las nuestras.

Pero si este consejo es útil, no lo es menos que el respeto no debe llevarnos a la cristalización y que la fuerza de la veneración a lo antiguo no nos mueva a creerlo intangible y a detener la marcha incesante del espíritu humano.

Cuando el Deán Funes presenta su plan de estudios en 1813 es un innovador, casi un revolucionario, pero nadie osaría decir que es un anti-tradicionalista, un iconoclasta que incendia el pasa-

do. Es simplemente una alta mentalidad que sirve a su tiempo; teólogo y hombre de estado a la vez, cuyo encendido patriotismo le hace decir que no puede ser igual la enseñanza universitaria para un régimen de libertad que para un régimen de opresión.

Acaso, pues, una mayor aproximación de los hombres de las diversas universidades les pondrá en contacto; si no lo estuvieran ya, de una realidad más armoniosa que coordine presente y pasado como elementos sustanciales de una estructura orgánica, como partes integrantes de una personalidad vital más vigorosa y bella.

El intercambio universitario podrá también procurar la solución del problema tantas veces planteado en el puro terreno teórico del destino o la misión de las universidades y no en el concreto de lo que deben ser las universidades argentinas.

No creáis que desdeño los congresos que abordan estos temas y los tratan con sabiduría, pero creo que las disertaciones doctrinales deben estar controladas y abonadas por datos, observaciones y experiencias que sólo son posibles en conversaciones más frecuentes entre profesores y dirigentes de los claustros universitarios. Y el asunto es, sin duda, importantísimo. ¿Deben dar las universidades una cultura como abono del espíritu para el mayor dominio de las carreras profesionales y aún para el mayor éxito de la investigación especializada? ¿Debe exigírseles a los bachilleres que la traigan? ¿Pueden proporcionársela los colegios nacionales de enseñanza enciclopédica, de tipo científico? ¿O sólo están en condiciones de darla los colegios de orientación clásica, de tipo humanista, más formativos que proveedores de conocimientos, que atribuyen un poder educador y disciplinario a la vieja e imperecedera lengua del Lacio, que hacen penetrar a los estudiantes en los temas metafísicos y les hacen sentir el rigor de la ciencia de Aristóteles; que en vez de ofrecerles en la historia el panorama de los sucesos y los hombres, les hacen gustar el más bello y penetrante del desenvolvimiento de la cultura universal, o de las culturas en el sentido spengleriano; que les hacen abordar siquiera en términos elementales los problemas de la biología y no tanto informarles de las leyes de la gravedad y del fenómeno de la refracción, como sugerirles una conciencia de la armonía física del universo? ¿No convendría elegir como modelos el gimnasium alemán y la grammar



El Excmo. Sr. Vice-Presidente de la Nación, Dr. Julio A. Roca, presidiendo la solemne inauguración de los cursos universitarios de 1935 y colación de grados

school norteamericana, con la adaptación impuesta por nuestras posibilidades como lo hemos hecho en nuestro Colegio de Monserrat?

¿Debe el plan de estudio profesional en nuestro medio circunscribirse a sus materias propias o debe recibir el influjo y la flexibilidad que dan las materias afines como sucede singularmente en nuestra Facultad de Derecho, donde sobre las asignaturas parcial o totalmente codificadas, se enseñan ocho o diez disciplinas de cultura jurídico-social?

¿Conviene el investigador científico unilateral a la manera germana a quien Ortega y Gasset le lanza el apóstrofe de "bárbaro que no tiene la sabiduría sino de una sola cosa"? ¿Debe exigírsele al profesional un poco de investigación científica o dejarse ésta con carácter voluntario para el reducido núcleo de las inclinaciones vocacionales?

Acaso he anticipado preferencias y simpatías con estas ideas escuetamente planteadas, susceptibles de más extensos desarrollos y a las que podrán añadir muchas otras vuestra sabiduría y vuestra experiencia, señores rectores; pero la participación que habéis tenido en este acto me ha movido a sugerirlas como la enumeración de algunos de los temas que nos son comunes.

Entre tanto, queda ya como una realidad viva y bella esta aproximación de universidades, de la que podéis sentirnos orgullosos, señor presidente de la Universidad de La Plata, porque habéis sido su iniciador y su impulsor entusiasta.

La Universidad incorpora este año un nuevo organismo: la Escuela de Ciencias Económicas, que es una integración de la cultura superior, una creación que responde a apremios de la vida contemporánea y a exigencias de un país rico de organización hasta ayer embrionaria en el orden económico y financiero que hoy salta a sistemas de una gran perfección teórica sobre cuya bondad hablarán el tiempo y la experiencia.

La guerra de 1914 conmovió las bases sociales, pero mientras el derecho público y el privado sólo sufrieron escasas reformas en la Europa Occidental y en América, los problemas económicos y financieros se han multiplicado y sucedido vertiginosamente, con proposición a veces de soluciones violentas y al parecer absurdas.

Ninguna ciencia como la económica y las finanzas han tenido tan fuerte sacudimiento. Y como sucede en las horas de confusión, el espíritu pierde el equilibrio y oscila entre teorías extremas.

René Gonnard pinta ese drama con brochazos de tragedia, señalando cómo mientras unos buscan la panacea en un industrialismo mayor y más socializado, otros intentan “el regreso a la tierra”, la vuelta a las leyes naturales preconizadas por la fisiocracia; acaso, diría yo, a la vida campestre, limpia y fuerte, que cantó Horacio.

Algunos países, bajo el consejo del pavor, han ido de la libre concurrencia a la casi clausura de sus aduanas; el viejo patrón oro ha visto tambalear su señorío; las materias imponibles han sufrido nuevas revisiones; el problema de los cambios se ha presentado también en muchos casos con efectos de tragedia.

Y cuestiones son éstas que por vincularse a la vida misma material del hombre, las sociedades y las naciones no admiten dilación sino que reclaman decisiones urgentes.

Las fuentes de riqueza del país, por otra parte, ofrecen un material copioso y diverso que no ha sido sometido a regímenes orgánicos de explotación, circulación y consumo interior y externo. Los sistemas protectores de la industria han sufrido más bien las alternativas de las mutaciones políticas que el consejo de la experiencia y el estudio.

La nueva escuela recogerá sin duda estas sugerencias y las más valiosas de sus profesores especializados para estudiarlas con la serenidad de la cátedra y el ordenamiento de los institutos, pero con un profundo sentido de la vinculación al medio, a la realidad viva.

Hemos puesto a su frente al doctor Benjamín Cornejo, que es un inteligente y afanoso cultor de estas disciplinas y colaborará con él un profesorado escogido, en gran parte experto, que responderá con celo al espíritu de la iniciativa.

Este año egresarán los primeros ingenieros aeronáuticos provenientes de la escuela que fué fundada el año pasado. Con títulos algunos de ellos de ingenieros mecánicos, solo les han bastado un año y algunos meses para que cursen la nueva especialidad, sobre

cuyo porvenir no creo alimentar una esperanza vana al reputarlo fecundo, pues si como ya se estudia, debe la fábrica de aviones no sólo construir las aeronaves sino los motores, la industria correspondiente presentará perspectivas promisorias que acrecentarán el número de aspirantes a la mencionada carrera.

Pero con prescindencia de la nueva actividad posible, los cuerpos directivos de la Universidad han puesto su mayor empeño en la perfección de los estudios de dicha especialidad y a pesar de contar con recursos tan escasos se ha contratado al profesor Modesto Panetti, director del Real Instituto Superior de Ingeniería Aeronáutica de Turín y posiblemente la más alta autoridad europea en materia de mecánica aplicada a la aeronáutica, como lo acredita el hecho de que sus vacaciones las destina a responder a las llamadas de las universidades inglesas y francesas. El curso que desarrollará en la Universidad de Córdoba constituirá un suceso científico; y sería ocioso añadir cuanto provecho sacará de sus lecciones la naciente escuela.

Entrará también en funciones este año el Instituto de Fisiología, merced al inteligente empeño del señor Decano de la Facultad de Ciencias Médicas.

En uso de la autorización del Consejo Superior he contratado para dirigirlo al profesor argentino doctor Oscar Orías, en cuyo elogio me bastaría decir que es discípulo y ayudante de Bernardo Houssay, la más alta expresión de la ciencia argentina, si no fuese que con prescindencia de tan eminente dirección, el contratado es un valor auténtico, un investigador concienzudo, no obstante su juventud y cuyos méritos le hicieron acreedor a una beca discernida por el Instituto Rockefeller para perfeccionar sus estudios en dos universidades norteamericanas, donde, gracias a su singular valimiento, le cupo hasta el honor de la docencia.

Los trabajos realizados allá le han valido también la insigne distinción de haberle sido pedida por el director del Instituto de la Universidad de Londres, Sanson Wright, autorización para publicar en su próximo libro sus trazados de funciones orgánicas.

Bajo dirección tan prestigiosa, es evidente que el Instituto desarrollará de inmediato tareas eficientes y contribuirá a llenar el

cuadro científico y docente de tanto relieve que ofrece la Facultad de Medicina.

He retardado la creación del instituto de derecho civil que anuncié el año pasado, porque he querido que fuese coincidente con la inauguración del templete destinado a la biblioteca del doctor Dalmacio Vélez Sarsfield.

Espero que este acto, que lo rodearemos del mayor esplendor, cree un ambiente de estímulo para la fundación de la institución científica.

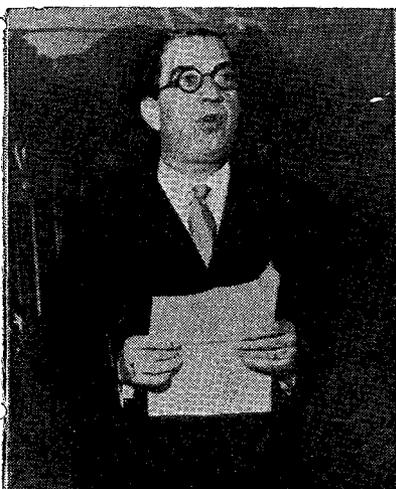
Tiene la memoria del codificador en nuestro ambiente una su-gestión suprema. Su Código, sus manuscritos, el monumento cen-tral severo, la tradición civilista de la casa, todo suscita una fuer-za de evocación y de ejemplo para los que trabajan en el surco abierto por él.

Alimento una fé profunda sobre el éxito del instituto próximo, y la he sentido acrecentarse cuando voces autorizadas me han di-cho en la Capital Federal y La Plata, que sólo Córdoba puede po-seerlo por existir aquí tantos hombres consagrados con fervor al estudio del derecho civil y un material de investigación tan rico como los manuscritos y hasta por esa reverente admiración que suscita monumento tan grandioso e imperecedero.

La iniciativa cuenta con el apoyo decidido de todos los pro-fesores de la casa y, además de ellos, se proponen trabajar en el instituto algunos de La Plata, entre ellos el doctor Levene sobre el derecho indiano y español en la medida de su influencia sobre el código utilizando su vasta versación y archivos provistos de un magnífico material.

El templete ya destaca sus severas líneas arquitectónicas, de modo que espero realizar la ceremonia de su inauguración en junio próximo, en cuya oportunidad quedará fundado el instituto.

Y hoy como ayer, señores profesores y estudiantes, respondo al honor de ser Rector de la Universidad de Córdoba, poniendo al servicio de su creciente cultura la casi totalidad de mis activi-dades, una preocupación que no tiene descanso; y creo profunda-mente que lleno con lealtad sus auténticos reclamos asegurando el orden como garantía de un trabajo orgánico y fecundo, estimu-



Arriba: el Presidente de la Universidad de La Plata, Dr. Ricardo Levene, usando de la palabra. — **Abajo:** el Ing. Rodolfo Martínez despidiendo a los egresados en nombre de la Universidad. — A la derecha el Dr. Arturo Granillo al pronunciar su discurso

lando la labor de todos sus profesores prestigiosos, restaurando las viejas y gloriosas ceremonias de la casa y ofreciendo a la vez su cátedra mayor al pensamiento contemporáneo de los grandes maestros nacionales y extranjeros.

Acaso, así, sientan confundidos sus oyentes, en una misma emoción intelectual y estética, el perfume vigoroso de los siglos y brisas de renovación.

Con el anhelo de que la actividad didáctica, cultural y científica adquiriera este año su máxima eficiencia declaro inaugurados los cursos de 1935''.

LA UNIVERSIDAD DE CORDOBA EN LA CULTURA NACIONAL. (1)

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL PRESIDENTE DE LA UNIVERSIDAD DE LA PLATA, DR. RICARDO LEVENE

Señor Vice-Presidente de la Nación; señor Gobernador y señores Ministros; señores Rectores de la Universidad de Córdoba y del Litoral; Ilustrísimo señor Arzobispo; señoras y señores; Profesores, graduados y estudiantes:

Ahora como en 1925, en que tuve también el insigne honor de ser invitado por esta ilustre Universidad de Córdoba, me domina una entrañable emoción.

No me dejaré llevar por su ímpetu sentimental, sin embargo, repitiendo sobre Córdoba y su Universidad lo que está admirablemente dicho por publicistas y poetas, antiguos y modernos.

El espíritu del hombre que viene de Buenos Aires a esta ciudad, siente enérgicamente la presencia de un hecho nuevo o distinto, y ese hecho que geográfica y políticamente es Córdoba, tiene además un sentido espiritual de proyecciones: es su historia, delimitada en su distrito, es el carácter de su pueblo sensible, de inconfundible modo de ser, es la vida y obra de esta Universidad, con su fisonomía propia.

(1) Acto realizado en la Universidad Nacional de Córdoba el 8 de Abril de 1935.

Dichas estas palabras, no habría modo de desenvolver un concepto de amplias dimensiones que exigiría pruebas fundadas e interpretación racional.

Para mí el hecho nuevo no es Córdoba, como representación del pasado o la historia que fué, imagen preferida por muchos, sino Córdoba como generadora de corrientes vitales que se extienden fecundas en la historia argentina como baja el torrente de sus sierras precipitándose en el valle.

Es que Córdoba posee la copiosa fuente de un poder totalizador de unificación y de equilibrio nacional y por eso fué la síntesis de la política y del derecho desde la Revolución de Mayo a la Organización constitucional y continúa siendo expresión de la síntesis de la cultura desde la ley Avellaneda sobre las Universidades de Buenos Aires y Córdoba hasta las últimas leyes universitarias de La Plata y Litoral. Investigadores que enseñan y estudiosos que se forman ahora en estos claustros y en otras Universidades, están revelando las grandes fuerzas históricas y simbólicas de esta Provincia, al poner en descubierto la significación trascendente del Deán Funes y de Dalmacio Vélez Sarsfield, principalmente.

Las dos figuras citadas han tenido, en momentos distintos una gravitación superior a la que le admite hasta ahora la crítica histórica.

Nuevos documentos están demostrando, que el político que había en el Deán Funes, comprendió la necesidad — para evitar la borrasca — de hacer entrar moderadamente la revolución política de 1810 en el federalismo de las Intendencias de que era defensor, en contra de Gorriti que reclamaba el federalismo de las ciudades.

Y el gran codificador que fué Velez Sarsfield, ha estructurado un Código civil para la Argentina, que no es íntegra y teórica imitación del extranjero y que tiene su profundo enraizamiento en las legislaciones castellana e indiana y en el derecho intermedio de 1810 a 1871, que él dominaba a fondo.

No solo corresponde destacar la situación céntrica de Córdoba en la geografía del país, sino el concepto de que armoniza flexiblemente las tendencias e ideas divergentes, integración en los ideales de la democracia y en los deberes de la acción.

Tal apreciación se vé con más claridad a la luz de los principios generales de la moderna sociología de la cultura que estu-

dia los contenidos espirituales de los pueblos y su estilo o carácter por el método morfológico, que no consiste en esbozos de descripciones externas sino que con la exploración de sus contornos hace examen y entra en la materia.

Yo he recordado frecuentemente en mis discursos y escritos a Joaquín V. González reorganizador de la Universidad argentina y autor de una teoría sobre la cultura superior, entre los publicistas contemporáneos.

En pocos casos como en este, su nombre está mejor citado que en la Universidad de Córdoba, de la que él se llamaba con honra, discípulo adicto. Como se sabe, Joaquín V. González, leyó en 1913 un notable discurso forjado de logradas y sobrias expresiones, al recibir el título de académico honorario de esta Facultad de Derecho.

No se puede concretar más enjundioso concepto en menos palabras que este: "arca santa de tradiciones íntimas de la familia argentina, dijo de la Universidad de Córdoba, para ser transmitidas a los recién venidos de todos los años con el secreto de la antigüedad, sobre la cual la patria nuestra puede levantar su edificio eterno". Quería que la Universidad de Córdoba fuera el foco de calor y de cultivo de la célula originaria, generadora de las virtudes de la raza y la cultura materna, pero meditando en la necesidad de devolver al amado hogar de su inteligencia las enseñanzas de la juventud, afirmó su voluntad de trabajar en el sentido de la reconstrucción de la Universidad para que con el esfuerzo de todos sus hijos se erigieran "los cuerpos de fábrica que han de integrar un ciclo más vasto de enseñanza y de investigación".

Era la palabra del fundador de una Universidad nueva como la de La Plata, nueva pero hija de las de Córdoba y Buenos Aires.

Es preciso proclamar que los universitarios necesitamos venir a Córdoba para comprender aquellos principios directrices de su cultura, a que me he referido anteriormente, o deducir entre los cambios y crisis que ha sufrido su Universidad, la explicación de las constantes de su perdurable historia a través de las generaciones.

La Universidad de La Plata es una universidad nueva por su estructura, porque la componen aparte de las Facultades profesionales conocidas, los Institutos de investigación como el Museo de

Ciencias Naturales, el Observatorio Astronómico, el de Física y el Fitotécnico o de genética vegetal — asociados investigadores y discípulos en la tarea científica; — y la integran además, una escuela pedagógica primaria, una escuela agrícola ganadera gratuita en el pueblo de 25 de Mayo, que se fundó con el legado de la altruista mujer que dejó todos sus bienes (más de dos millones de pesos) para que la Universidad de la Plata fundara la escuela que hoy lleva su nombre, María Cruz Inchausti; un departamento de cultura física, montado de acuerdo con las modernas exigencias y que tiene a su cargo las colonias de vacaciones de alumnos primarios, secundarios y también universitarios; un Colegio secundario de Señoritas, abarcando en su extensión, de este modo, el problema de la educación femenina.

Pero la Universidad de la Plata es una Universidad nueva, mas que por su estructura, por su espíritu, porque es cada vez más científica y cultural en su base para impregnar con su sentido a lo profesional y más social en sus proyecciones para extender al pueblo los beneficios del saber.

Ahora hemos reformado el Estatuto, para obtener otras mejoras. Conquistas culturales, como la reunión anual obligatoria de las asambleas de profesores de cada Facultad y de la Universidad, para tratar temas y cuestiones científicas y didácticas, la formación de centros de egresados para la continuación de la labor, el reconocimiento del derecho de los profesores a una licencia de seis meses para viajes científicos en América y Europa cada siete años; conquistas administrativas con el fin de asegurar la estabilidad y escalafón de los empleados administrativos; y conquista política para ser imposible la reelección del Presidente de la Universidad — pues en lo sucesivo se exigirá dos tercios de votos en una sola votación — considerando que la renovación en los cargos directivos es ley vital de la Universidad, pues que ella representa la corporación de los valores intelectuales más calificados.

Las aspiraciones de progreso y renovación se están cumpliendo en esta Universidad de Córdoba, que viene desplegando un cielo de evolución ascendente, vivificando el pasado y proyectando una historia viva en el porvenir. En sus Facultades, cátedras, seminarios, laboratorios y bibliotecas, hay figuras representativas de nuestra cul-

tura y docencia, que trabajan con intensidad científica y fervor idealista.

El Rector de la Universidad, doctor Sofanor Novillo Corvalán que la preside con firme orientación, es autor de importantes reformas y creaciones renovadoras del organismo universitario.

Señores: No he venido a Córdoba por razones de cortesía únicamente, a retribuir la honrosa visita de vuestro Rector a la Universidad de La Plata.

Respetuoso por la significación que tiene esta Universidad para todo hombre de estudio, mi presencia aspira a insistir en la dirección de una política espiritual de colaboración en la labor de profesores, graduados y estudiantes.

Ese día iniciaremos una batalla, acaso de larga duración pero de previsibles resultados victoriosos, contra el enemigo ancestral enarraigado en la emulación, el desdén o la incomprensión simplemente, que no tiene nada que hacer con la divergencia fecunda, y sobre todo, ese día habremos puesto una nota de cordialidad y de franqueza en la vida intelectual argentina.

Graduados de la Universidad de Córdoba de 1935: sed vosotros armados del escudo de la Universidad de Córdoba, los heraldos de este espíritu de hermandad universitaria, que es proyección en el tiempo presente del espíritu integral de la cultura de Córdoba de todos los tiempos”.

DESPIDIENDO A LOS EGRESADOS DE 1935. (1)

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL PROF. ING. RODOLFO MARTÍNEZ

El señor Rector me ha dispensado el honor de saludar en nombre y en representación de la Universidad Mayor de San Carlos, a los jóvenes graduados que hoy se alejan de sus claustros, para

(1) Acto realizado en la Universidad Nacional de Córdoba el 8 de Abril de 1935.

afrontar la marcha por la vida, llevando en su mente los fundamentos científicos necesarios para abrirse paso en la senda áspera de las nuevas jornadas, en el corazón la convicción segura de la conquista cierta, en la pupila, visión serena del porvenir y en el espíritu mucho aún de los ensueños juveniles, que avivan la fé, alumbran el camino y alientan la esperanza.

Se ha querido que no se alejen de las aulas sin la palabra cordial. Hoy es día de gloria y de júbilo; no podía faltar el recuerdo de la madre espiritual que se asocia a tan legítima alegría. Ella debe acompañarlos hasta su puerta para desearles el triunfo con las armas nobles que ella misma les entrega; ellos serán cuidadores de su honor y tal vez, acrecentadores de su fama. Han vivido largos años en sus institutos, han tenido muchas veces la angustia del porvenir bajo sus bóvedas, se han asomado en ella a nuevos derroteros; la visión se ha ido ampliando a medida que la voluntad y el empeño iba despejando el horizonte y paralelamente el espíritu que se enriquecía con el propio patrimonio, ganado con el esfuerzo y bajo la dirección de los maestros, la evolución de la conciencia del joven hacia el hombre se iba operando en forma que la naturaleza y el estudio, preparaban la necesaria transformación para alcanzar hoy y en esta hora solemne, una completa independencia espiritual y una cierta y eficiente mayoría de edad en el dominio de la ciencia.

En este día, en que se enciende la lumbre de todos los hogares en homenaje al nuevo docto y llega, llevando a guisa de laurel el título de honor que acredita suficiencia, no podía faltar, en la vieja casa, el calor de su lumbre promisoro, pues ha de llevarse, según la expresión de González, “la brasa del viejo hogar para encender la llama de los hogares nuevos”.

Es esta, señores graduados, la fiesta de la tradición y de la historia; cambiante según las épocas, pero siempre con el mismo significado; es la consagración del triunfo, es la despedida augural, es la última reunión de maestros y alumnos bajo la sombra augusta de los claustros centenarios. Es por eso que en estos instantes, la historia de tres siglos se agolpa en el recuerdo y habría de aten-

derse a la poderosa sugestión de realizar una síntesis evocadora, si no fuera que hace muchos años, un ministro eminente, poseedor de la más clásica cultura, maestro del derecho, señor del pensamiento y orador magnífico lo hiciera de una vez y para siempre, en las páginas famosas de su oración inimitable. Y allí está el monumento en los anales de esta casa, sin que nadie haya podido mejorarlo.

Es que han salido tantos hombres por la vieja puerta para alumbrar la República, es que ha civilizado tanto la Casa del Obispo, es que los doctores de Córdoba, han hecho tanto en la vida espiritual de América, que era justo que llegara el día, en que un cantor insigne, ajeno a ella, fuera capaz de entonar el himno en consonancia con sus esclarecidos merecimientos.

Es este momento uno de esos altos necesarios que el hombre tiene que hacer en su trayectoria por la tierra; es una cumbre que se escala, desde donde puede mirarse todo el pasado recorrido: los sacrificios, los esfuerzos, las alegrías, los entusiasmos y toda una nube de recuerdos que brillan al sol del optimismo, con la multiplicidad de sus colores, según representen un éxito alcanzado, una esperanza que se realiza, o una ilusión deshecha.

Son los caminos siempre alegres del estudiante que avanza por ellos a veces con paso firme, a veces con tropiezo, cayendo o levantando, curando siempre con rapidez las heridas, porque no tienen aún el mundo veneno suficiente para infectar el espíritu. Vida de tranquilidad en todos los inviernos y de zozobras en todas las floraciones. Vida de sueños de gloria y de conquista, ilusiones en marcha, impresiones profundas que nos dan la sensación de convicciones definitivas, horas de vigilia ante la prueba próxima, amaneceres cordiales, días plenos de sol, noches propicias bajo la blancura de las estrellas; todo ha pasado con el tiempo inexorable; lejos ya pronto estará la llanura amable de los primeros días y el sendero abrupto vencido para escalar la montaña. Las risas francas y las lágrimas silenciosas, los maestros que dejan desde hoy de serlo, los compañeros que siguen con las mismas ilusiones que fueran nuestras, todo quedará, muy pronto, como la vida de ayer, a la distancia. Ciclo de juventud que se cierra, amargo o glorioso,

pero que tiene el encanto y seducción de las mañanas primaverales.

Altos que son necesarios al espíritu para mirar el camino recorrido y para prepararse para la nueva marcha que exige nuevos esfuerzos y que señala nuevos deberes. Ha terminado la responsabilidad ante sí mismo y ante nuestros padres, para empezar la grave responsabilidad ante la Sociedad y ante la Patria. Las inmunidades del estudiante han terminado para empezar las graves obligaciones del profesional. Ya no serán los profesores benignos o severos los que juzgarán de la aptitud; desde hoy en más, el tribunal de la opinión es el que ha de juzgar de la capacidad y de la conducta.

Permitidme, señores graduados, que meditemos juntos sobre estos nuevos aspectos de vuestra nueva vida, pues no tengo la autoridad del maestro para aconsejaros y entiendo por los años no estar muy lejos de vuestra juventud.

Son graves los deberes para con la sociedad que incumbe a quien ostenta un título universitario que se traduce siempre en una función directiva, para ejercer la cual, no basta la competencia técnica sino que hay que buscar en nuestra propia serenidad, en el control de nuestras pasiones, en la lealtad de nuestras ideas, en la tolerancia para la contradicción y en un firme y fervoroso amor a la justicia la autoridad necesaria que impone el respeto, sujeta el agravio, tranquiliza la conciencia y dignifica la vida.

Amor a la justicia que nos ha de preservar de rendir tributo a la fuerza cuando no se apoya en el derecho. La fuerza, cuando no es justa, decía Pedro Goyena, dirigiéndose a los jóvenes graduados en Euenos Aires, en idéntica ocasión a la presente, "es efímera en el orden moral; su porvenir es el desprecio y la deshonra".

Amor a la justicia que nos ha de permitir apreciar la verdad de los que la piden en nombre de su dolor o de su interés legítimo, no cerrando los ojos a los que la reclaman como un derecho, ni haciendo oídos sordos a las lamentaciones ajenas, que a veces acrecen y desbordan luego como torrentes, cuando debieron encontrar en los cauces normales la satisfacción justa de aspiraciones humanas.

Haced pues, del amor a la justicia y del culto a la verdad un ideal de vuestra vida, y hacedlo ahora, aprovechando como decía Pellegrini, la pureza de vuestras almas.

Poned a su servicio, como al de los principios que animen vuestro espíritu, inteligencia y voluntad que no excluye la tolerancia con la divergencia o la oposición a nuestras ideas, lo que hace posible la convivencia social. El escuchar la opinión adversa no importa la desconfianza en la propia, por el contrario, significa el deseo de robustecerla, afirmando con nuevas razones la personal convicción.

Apartémonos sí de la suficiencia y del orgullo; no creamos demasiado en nuestras fuerzas, sobre las organizaciones, las leyes o los métodos clásicos que nos enseñaron. En materia científica desconfiemos un poco de nosotros mismos, así controlaremos mejor los propios resultados por halagüeños que parezcan. Un eminente pensador argentino decía a la juventud: "El genio tiene sin duda, el privilegio de levantarse un día osado, mirando a la humanidad de frente, decirle: os traigo una nueva verdad, una estrella reciente brillará para siempre en el cielo de la ciencia. Eso puede decir el genio, eso puede decir la inspiración, pero es tan raro el genio, tan rara es la inspiración, que no hay por qué aferrarse a creer que estamos en el caso de poder invocar sus privilegios".

Por mucho que nos halaguen las nuevas conquistas y que nos sugestionen el presente y los caminos del porvenir, no reneguéis del pasado. Miradlo con cariño y estudiadlo con respeto; él puede ser fuente perenne de sabias enseñanzas, en él se puede ir a buscar inspiración y ejemplo, no para volver a su imperio porque con los acontecimientos como con los hombres, no puede ni debe pretenderse que desanden el camino recorrido, sino para ser fieles al acervo moral que nos legara y porque en él puede hallarse fuentes vivas de muy altas virtudes y puros ideales.

Ideales y virtud que unidos a un hondo sentimiento nacional, ha de transmitirse de maestros a alumnos, como de padres a hijos, formando una tradición espiritual en este país tan joven y de formación heterogénea, por lo que le es más necesario una sola unidad argentina en la diversidad de sus matices y en la permanente renovación de sus valores directivos.

Y estad seguros que nada nos permitirá tener tanta fé en la acción de nuestras generaciones, como en la acción de las generaciones que vendrán mañana, que saberlas dignas de las generaciones que fueron. Estas, las de hoy, las de mañana, sabrán mejorar las instituciones, modernizar sus leyes, acrecentar el progreso; aquellas, las de ayer, supieron hacer la Patria.

Meditemos en nuestros deberes para con ella. La nación Argentina, en cuyo nombre se os confiere el título con que váis a desempeñaros, ha abierto las puertas de sus aulas universitarias con la misma generosidad con que abre sus puertos a los hombres de todas las razas y de todos los climas, de todas las ideas y de todos los principios.

En sus claustros superiores se realiza la generosa cordialidad del preámbulo y probada la capacidad, se tiene acceso a los más altos institutos y a los más serios estudios: ni raza ni nacionalidad son contemplados. La Nación que nombra a los profesores y pone materiales de enseñanza, no pide cuenta al que entra a sus facultades con espíritu de trabajo y sale de ella con suficiencia técnica. Y más liberal que muchos países de Europa que marchan a la vanguardia de la civilización, los autoriza al ejercicio profesional sin más garantía que el formal juramento ante Dios o por el propio honor, según los dictados de la propia conciencia.

Esta falta de recaudo y de exigencias, este título que nos da el país, obliga a los ciudadanos de la República a un gran empeño en el servicio de la Patria. Servirla con lealtad en la observancia de sus leyes, en el respeto de sus instituciones, en el perfeccionamiento de sus progresos. Por la gravitación necesaria de la cultura superior, son los universitarios, generalmente, los llamados en nuestro medio a dirigir las grandes masas, a legislar en los Parlamentos, a enseñar en la cátedra, o asumir la responsabilidad del gobierno. Y es en estas funciones de orientación superior, donde la responsabilidad se acrecienta; es mayor el compromiso, cuanto más generosa la confianza; tanto más queda obligada nuestra conducta cuanto es más excelsa la dignidad conferida. Es natural que la República tiene derecho a esperar de sus hijos el tributo de su fidelidad; debe esperarlo igualmente y con mayor derecho de los que llegan a sus playas, al amparo de sus generosos

principios. Ya no es sólo su cielo, el que protege al que busca su hospitalidad cordial, ya no son sólo sus derechos iguales y la libertad generosa establecida en sus leyes y realizada en la vida, son sus grandes centros de cultura dispuestos a nutrir la inteligencia y habilitando para salir a la lucha con nobles armas. No es ya solo el suelo conquistable por el esfuerzo del trabajo fecundo, es la propia sociedad argentina que se entrega a la realidad de su ciencia y a la seguridad de su honor. Es la nación que no hace distinciones entre los hijos de su naturaleza y los hijos de sus enseñanzas. Es la Patria que hace fé al saber y a la conciencia, rindiendo su homenaje a la más alta jerarquía en la dignidad humana.

Resuelto en el cumplimiento de estos grandes deberes puede marcharse tranquilo por los nuevos senderos, segura la voluntad y ennoblecido el espíritu por un ideal superior tomado como guía perenne en nuestro marchar afanoso. No importa que los vientos azoten el rostro ni que la maleza bravía cierre el paso, ni que lastimen las piedras que obstaculicen el avance necesario; levantando un poco más arriba el corazón que las miserias, sin dificultad estas quedan por debajo o pasan sin mancharlo. Cuando más alto se coloca el pensamiento directivo de nuestra vida, menos lo alcanza el polvo de las pasiones y mas se alumbraba la conciencia con las claridades de su luz.

Mucho puede esperarse de la juventud ilustrada, que se orienta hacia los grandes principios de la justicia y la verdad. Nada puede darle también mayores timbres de gloria. “Las vanidades que “ la fortuna colma”, se ha dicho con verdad, las seducciones de “ la vida política, los prestigios tantas veces irresistibles del poder, “ aún cuando sean conquistados en nobles y legítimas luchas, jamás pueden igualar al saber y la virtud, que fundan instituciones, forjan caracteres y señalan a los pueblos rutas nuevas hacia destinos mejores”.

El viejo hogar espiritual, señores graduados, os desea los mejores éxitos. Las maestros escucharán siempre con orgullo las noticias de vuestros éxitos y las viejas bóvedas recogerán con amables resonancias las clarinadas que pregonen vuestros triunfos. La casa centenaria acrecentará sus prestigios con los laureles que os discierna la justicia y que conquiste vuestra fama. No la olvidéis,

como tea encendida para alumbrar muchas veces a la Patria, ella se levanta en el centro de la República, de generación en generación va pasando sin apagarse ni disminuir su brillo, paralela a las épocas, ella ha soportado conmociones profundas, pero no ha perdido su misión civilizadora que aspira a perfeccionar en sus nuevos institutos que se incorporan a sus clásicas escuelas. Ligada a Córdoba en su destino y en su espíritu, la transformación de la ciudad con sus fábricas, sus avenidas y sus construcciones modernas, no ha podido separarla de esta bendita casa de Fray Fernando, como la llamara Magnasco en la mejor oración que escuchara esta sala en todos los tiempos y la profecía del ilustre Ministro será siempre una verdad en la historia de los Siglos: "Córdoba será siempre su Universidad, porque así se lo murmuró el hado en los días lejanos de su origen, porque ese es su fin, esa es su vida, ese el anhelo de sus laureles, ese su lema y esa la profecía de su santo fundador: "Que viva y lleve su glorioso renombre a todas las naciones de la tierra". "Et portabit nomen suum coran gentibus".

Que con el correr de los años, señores graduados, sea una vez más cierto el lema del escudo centenario debido al prestigio moral de vuestras vidas y a los maduros frutos de vuestra sabiduría".

EN REPRESENTACION DE LOS EGRESADOS DE 1935. (1)

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL EGRESADO DR. ARTURO GRANILLO.

Excmo. señor Vice-Presidente. Excmo. señor Gobernador. Excmo. señor Arzobispo. Señores Rectores. Señoras y señores:

Muy alto es el honor que se me ha conferido, al encomendármese hacer uso de la palabra en representación de los egresados, en este acto tan pleno de solemnidad y de gratas evocaciones. Agradezco infinitamente al señor Rector y a mis distinguidos compañeros, la honrosa e inmerecida distinción.

Después de muy largo y penoso trayecto, hemos llegado al término de nuestra carrera y al dejar cumplida esta etapa de nuestra

(1) Acto realizado en la Universidad Nacional de Córdoba el 8 de Abril de 1935.

existencia y comenzar una nueva, se agolpan a mi mente miles de gratos recuerdos de nuestra vida de estudiantes, de esas horas intensamente vividas, de esos momentos de halagos y triunfos, de penurias y desalientos.

Paréceme que fuera ayer que transponía por primera vez los umbrales de esta gloriosa casa, con la grata y liviana carga de muy justas aspiraciones, que hoy, con inefable dicha, veo satisfechas y colmadas; aun suena en mis oídos la voz magistral, inculcándonos día a día sus sabias enseñanzas; todavía siento el alegre bullicio de los estudiantes diseminados por los claustros; recuerdo nítidamente las horas pasadas con la frente inclinada sobre el texto, muchas veces intrincado y difícil; la ansiedad por los exámenes, la solemnidad de los tribunales, la satisfacción por algún triunfo; todo acude en tropel a mi mente, haciéndome revivir un pasado muy rico en encantos y emociones.

Es que el acto es para nosotros, hasta ayer estudiantes de esta vieja casa, de una trascendencia muy grande, inmensamente grande: se nos hace entrega de un título que nos habilita para servir con mayor aptitud y éxito a nuestros semejantes; un título que nos declara aptos para ejercer una profesión, de la que debemos hacer, sin que nada ni nadie nos desvíe de la línea recta, un noble y muy alto apostolado; un título, con el cual daremos satisfacción y compensaremos en algo los desvelos y la abnegación de nuestros padres; un título, en fin, que nos hará aparecer más dignos en la vida de sociedad.

Es por ello que este acto, tan emotivo y grandioso, no podrá jamás borrarse de nuestra memoria, donde quedará grabado con rasgos indelebles, sirviéndonos de aliciente en las horas de desfallecimiento y de solaz en las de bonanza.

Hemos alcanzado la cima de nuestra vida de estudiantes y ahora nos corresponde abandonar este templo de la Ciencia, donde se formaron tantos ilustres varones, y donde hemos enriquecido la mente y fortalecido el corazón con las enseñanzas de los maestros. Muy justo es, entonces, Señores Profesores, que al despedirnos de la vieja Universidad de San Carlos, llevemos en lo íntimo de nuestras almas, un elevado sentimiento de gratitud y respeto por vosotros, que tanta influencia habéis tenido y seguiréis teniendo

en nuestras vidas. Sois, vosotros también, legítimos partícipes de esta fiesta y estos honores.

Iniciamos en este momento una nueva existencia, más llena de obligaciones y responsabilidades, pero, entramos en ella en forma auspiciosa, atravesando el hermoso portal de esta augusta ceremonia llena del encanto de la tradición, que vale hoy lo que valía ayer, cuando se congregaban, bajo estas mismas bóvedas, los representantes de los poderes públicos, de la Iglesia y la milicia en un magnífico acto de sociabilidad y de cultura. Recibimos nuestro anhelado diploma y al aceptarlo, sólo nos cuadra pedir con infinita devoción, la suficiente entereza de alma para hacer de él un emblema de la verdad y el bien y no uno de tantos medios que convierten al "hombre en el lobo del hombre".

Pero no todo ha de ser fiestas y alegrías. Hay también en nuestras almas una inmensa tristeza, un íntimo recogimiento que se apodera de nuestro ser y empaña nuestros ojos. Es necesario abandonar estas aulas queridas y al hacerlo, no podemos menos que musitar las tiernas palabras de otro egresado: "... yo siento la nostalgia de la casa. Amo estas aulas desde cuyas modestas bancas escuchábamos las palabras sencillas con que se expresan las verdades de la ciencia, envueltos en los prestigios de una vida inmaculada y sin sospechas; amo esta atmósfera pura y serena que la envuelve, que no conmovieron jamás las ásperas repercusiones de las luchas ni las pompas fútiles del mundo, y hasta cuyas alturas no llegaron ni el rencor ni las pasiones iracundas de las multitudes que se revuelven en el llano; amo esta casa porque se ha operado aquí la más decisiva transformación de nuestro ser: trajimos los sueños de una imaginación adolescente y nos llevamos una inteligencia seria, adulta y preparada para la vida".

Señor Rector:

No debo terminar estas sobrias palabras, sin dejar de expresar el inmenso agrado con que hemos seguido vuestra obra de orden, de progreso y de cultura, y al ausentarnos de la alta casa de estudios, pedimos a sus manes tutelares que siempre se encuentre tan dignamente representada y que nuevos títulos incrementen sus prestigios seculares.

Colegas graduados:

Que la honradez y la justicia, la abnegación y el desprendimiento, la lealtad y el desinterés, sean siempre nuestra guía; sólo así podremos saldar la deuda de gratitud que hemos contraído en varios años, con la vieja Universidad de San Carlos. Y que, si en el atardecer de nuestras vidas, debemos nuevamente congregarnos para rememorar el pasado o recordar a los que se fueron, lo hagamos con la frente bien alta y serena como expresión acabada de nuestra conciencia límpida y sana.

He dicho.
